



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Un denominador común para la humanidad

Autor: Gorbachov, Mijail

Forma sugerida de citar: Gorbachov, M. (1989). Un denominador común para la humanidad. *Cuadernos Americanos*, 6(18), 23-38.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 18, (noviembre-diciembre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

UN DENOMINADOR COMUN PARA LA HUMANIDAD

Por *Mijail* GORBACHOV

PENSANDO EN LO que yo habría de decir aquí reparé en la relación de los tiempos. Más concretamente, en la relación entre los acontecimientos cruciales en la historia de la humanidad, tales como las grandes revoluciones de 1789 y 1917, y la relación de su herencia con lo que sucede en el mundo hoy, en el que nuestra perestroika ha ocupado un lugar por todos reconocido.

La gran Revolución Francesa fue un nuevo punto de referencia para la historia de Europa y gran parte del resto del mundo.

Se sabe que los grandes cambios sociopolíticos siempre han estado precedidos de revoluciones filosóficas.

La Revolución Francesa debió mucho a la filosofía de la Ilustración, a las ideas de igualdad y de derechos naturales del hombre, de la supremacía de la ley, el reparto de poderes, la soberanía del pueblo y los acuerdos sociales, a las ideas de Voltaire y Montesquieu, de Diderot y Holbach, de Mably y Rousseau.

A su vez, el patrimonio intelectual y político de la Revolución Francesa y de la Comuna de París fue una de las bases de la nueva revolución en la filosofía realizada por Marx, Engels y Lenin, pensadores del movimiento obrero. Esto fue el prólogo de la Revolución socialista de Octubre en Rusia.

La Revolución Francesa proclamó la libertad del hombre y del ciudadano, la libertad del individuo. La Revolución de Octubre dio otro paso importante en el desarrollo de la historia universal: proclamó la libertad y los derechos de los trabajadores y las masas explotadas.

Para nosotros, los soviéticos, la vinculación entre las revoluciones francesa y rusa es indudable. Ambas, cada una en su época, abrieron nuevos horizontes para toda la civilización y cada una tu-

vo su imagen, sus consecuencias socioeconómicas, políticas e internacionales.

La primera dio un poderoso impulso a la formación de un sistema social que, abarcando a nuevos países, dio un fuerte impulso al progreso de la civilización a través de la crisis, la despiadada competitividad, la explotación y la expansión, mediante el desarrollo forzado, a cualquier precio, de las fuerzas productivas, las guerras nacionales y coloniales y el sometimiento de los pueblos atrasados. Al mismo tiempo, creando nuevos valores espirituales y científicos, y elaborando, en la lucha de clases, valores democráticos de alcance global.

La segunda, pasados más de cien años, fue posible gracias al progreso alcanzado por la civilización mundial. Fue al mismo tiempo una protesta y una respuesta a las contradicciones y los defectos revelados durante el desarrollo de la primera. Ella también adquirió carácter internacional y encontró una resistencia feroz, como la primera durante su nacimiento.

Sin embargo, el desarrollo natural del nuevo sistema fue incomparablemente más difícil. Y no sólo por razones subjetivas, debido a los graves errores y al abandono de los principios por ella proclamados. La correlación de fuerzas mundiales fue para ella mucho menos favorable que al filo del siglo XIX. Se le enfrentaba un sistema mucho más poderoso, que estaba muy lejos de haber agotado sus posibilidades históricas.

El deseo de liquidar el nuevo sistema fue una de las causas de la aparición del nazifascismo y la guerra por él desatada. En esta misma aspiración se basó la "guerra fría", que podía haber llevado al límite, a la hecatombe universal.

Afortunadamente, las fuerzas de la autoconservación y el raciocinio pusieron en juego sus derechos a tiempo y comenzaron a buscar el consenso para sobrevivir y alcanzar un nuevo nivel de civilización sobre el principio fundamental de los valores universales. Para ello se requirió, como en el pasado, una nueva revolución filosófica. Ahí se imponen dos temas para analizar.

Primero, nosotros, herederos de las grandes revoluciones del pasado, ¿hemos materializado en plena medida los derechos y las libertades proclamadas por ellas?

El estado actual de la humanidad, claro está, es muy distinto del estado en que se encontraba en vísperas de la Revolución de Octubre y, más aún, a finales del siglo XVIII.

En los años posteriores a la revolución nuestro país registró un

colosal progreso. Hoy hablamos con gravedad de las difíciles peripecias de nuestra historia, de tragedias que podían haberse evitado. La historia no se puede rehacer. Comprendemos que en mucho, podríamos decir, "nos hemos rezagado de nosotros mismos" y de las ideas en aras de las cuales se realizó nuestra revolución, la primera revolución socialista del mundo; que fueron deformados los principios sobre los que, en vida de Lenin, se comenzó una sociedad de nuevo tipo, tergiversadas las ideas sobre la libertad, la igualdad y la justicia, que constituyen la médula humanitaria de la revolución social.

Emprendemos la perestroika con el objetivo de renovar radicalmente la sociedad. Sin vacilaciones hemos determinado que sólo podremos alcanzar ese objetivo mediante la más amplia y profunda democratización y la orgánica conjugación de socialismo y democracia.

Esto ha sido mucho más difícil y contradictorio de lo que parecía al principio. Pero la perestroika avanza y el país cambia con rapidez y de manera irreversible. Prueba brillante de ello ha sido el primer Congreso de Diputados Populares de la URSS.

¿Cuál es la esencia de las reformas radicales que hemos iniciado? Sin entrar en detalle podemos formularla de la siguiente manera.

La clave para resolver los problemas de la perestroika consiste en superar la enajenación de la persona respecto de la propiedad. Este es el denominador común de todas nuestras medidas encauzadas a liquidar el sistema autoritario y transformar las relaciones de producción. Propiciamos el desarrollo de distintas formas de propiedad socialista, ponemos al servicio del consumidor el mercado, las relaciones mercantiles-monetarias, la iniciativa, el espíritu emprendedor y la capacidad de administrar la economía. En suma, orientamos la economía hacia el hombre y sus necesidades económicas y culturales.

La perestroika triunfará si se logra superar la enajenación de la persona respecto del poder. En esto consiste la esencia de la reforma política: devolver a los soviets la plenitud del poder, celebrar unas elecciones auténticamente libres y con varios candidatos por puesto, librar la vida social de dogmas y prohibiciones, fomentar la transparencia, exigir la rendición de cuentas a los órganos ejecutivos, y garantizar la independencia del juzgado.

La perestroika en la Unión Soviética contribuye a recuperar los valores intrínsecos del socialismo: la democracia, el poder del pueblo, la justicia social y los derechos del hombre.

Esas son nuestras reflexiones acerca de lo hecho con la herencia de nuestra Revolución. Y no sólo reflexiones, sino deducciones, acciones prácticas y nueva política. Al mismo tiempo pensamos: ¿ha comprendido oportunamente y en toda su dimensión las lecciones de la Revolución Francesa una sociedad que debe su origen a aquella revolución?

¿Y Occidente? ¿Ha sacado las debidas conclusiones que respondan a las realidades, de la situación a que su cruel confrontación al socialismo llevó al mundo? Este es un tema de reflexión para los intelectuales. ¿Corresponde su política en este ámbito a los ideales de la Revolución Francesa? Este es otro tema de reflexión interesante.

Objetivamente, a veces contrariando la propia voluntad, estas "conclusiones" se sacaban. El reto que la sociedad alternativa lanzó en 1917, sobre todo tras haber mostrado su supervivencia y poderío en la derrota del nazifascismo, empujó al capitalismo a materializar de manera más seria las demandas planteadas por la Revolución en Francia, e incluso a copiar algo de lo que inspiró a los revolucionarios de Octubre.

Empero, esto no es todavía una reconsideración de la esencia de los históricos procesos del siglo xx.

Veán, por ejemplo, cómo Occidente reacciona a nuestra perestroika y a lo que hoy sucede en otros países socialistas. ¡Cuántas esperanzas—incluso quienes acogen positivamente estos procesos—depositan en la posibilidad de que los países socialistas vuelvan al seno del capitalismo! ¡Cuántas ilusiones acerca de que la sociedad burguesa es una verdad eterna y absoluta! Ojalá sólo fuera "en la teoría". Mas nosotros sabemos exactamente que hay políticos que se guían por estas ideas y juegan su baza en el "desplazamiento del socialismo". En los últimos días he leído mucho sobre este tema, incluso en la prensa francesa.

¿No fueron estas concepciones, aunque en forma más grosera, las que provocaron guerras y hoy fomentan la confrontación y la carrera de armamentos?

El consenso en el avance hacia un mundo mejor, hacia un periodo de paz y hacia una "casa europea" hay que buscarlo en otro derrotero. La libertad de opción es en nuestro siglo un principio universal de existencia de la comunidad mundial, y debemos adaptarnos a ello.

Aquí, ante todos nosotros —subrayo, ante todos nosotros— se plantean grandes problemas. Por el momento podemos señalar con satisfacción que en el marco del proceso europeo y la Organización

de las Naciones Unidas se hacen los primeros intentos de darles solución.

Consideramos un signo de la época el examen constructivo y amplio del aspecto humano del proceso europeo, iniciado en la conferencia de París, que proseguirá sus labores en Copenhague y Moscú. De ello se desprende que los problemas relativos a los derechos humanos y otras cuestiones de carácter humanitario surgen en todas partes y, por variadas que sean las maneras de abordarlos, todos tenemos una cierta comunidad de objetivos.

En nuestra época —y ello es justo—, para formarse la idea de un Estado, hay que saber si quiere y si es capaz de crear posibilidades legislativas y económicas que permitan al hombre, al ciudadano, sentirse libre e igual entre iguales. Del mismo modo, la comunidad mundial podrá evitar catástrofes, si también en este terreno los Estados se rigen por las normas universalmente reconocidas. Por consiguiente, es necesario, como jamás lo fue, llegar a un acuerdo sobre estas normas, teniendo en cuenta que existen distintos sistemas socioeconómicos y políticos.

Segundo tema. Además de los derechos humanos y los derechos de los pueblos, ha surgido otro problema colosal, de vital importancia y, al mismo tiempo, dramático: asegurar los derechos de la humanidad. Derechos a la supervivencia de la especie humana. Derechos a desarrollarse en armonía con la naturaleza. Derechos a las condiciones de desarrollo normales y verdaderamente humanas. Creo que sólo damos los primeros pasos por este camino.

La nueva época histórica dicta nuevas leyes para el progreso social. Las realidades de nuestra época obligan a reconsiderar los criterios.

La producción material no puede desarrollarse como antes y con la misma repercusión en el hábitat. Por otro lado, la humanización de la sociedad —pese a las diferencias existentes entre una sociedad y otra, entre un país y otro— impone un tipo de desarrollo en el que prevalezca el hombre y sus necesidades. Es un problema global que requiere el consenso universal.

¿Será posible conseguirlo? Pues el mundo sigue estando dividido, armado y lleno de conflictos. Lo desgarran las contradicciones sociales. Todavía se mantiene la lucha de clases.

Es así y, al mismo tiempo, no es así. Los antagonismos entre países, grupos de países y fuerzas sociales y políticas se ven eclipsados por la colisión general de la sociedad con la naturaleza y con

la miseria de la mayor parte de la humanidad. Ese es otro tema importante para examinar.

Hemos entrado en una época en que cualquier progreso debe insertarse en los intereses de toda la humanidad. Es necesario buscar juntos los criterios de progreso comunes en el contexto de la incontenible revolución científicotécnica, en la era nuclear y luego posnuclear. Estamos obligados a hacerlo, porque de lo contrario habrá depresión general, se llegará a la desintegración de la civilización mundial y, posiblemente, a la extinción. Quiero compartir algunas consideraciones sobre el particular.

Primero. Obviamente ya no tenemos derecho a poner las esperanzas en el desarrollo espontáneo. Si queremos sobrevivir, si queremos ir al compás con el impetuoso desarrollo científicotécnico, tendremos que aprender a dirigir conjuntamente este proceso.

Segundo. Ya está claro que no se puede proyectar hacia el siglo XXI la interpretación habitual, tradicional, del progreso. Además, la experiencia histórica ha mostrado convincentemente que este tipo de progreso no hace más que acentuar el desnivel en el usufructo de bienes, tanto por países como en la comunidad mundial. Ahora el enfoque tradicional —a decir verdad, tecnocrático— a la larga perjudica la idea fundamental del progreso: enaltecer al hombre.

Ya va siendo hora de articular las necesidades razonables de la humanidad, tomando en consideración los recursos de energía y de materias primas, las exigencias ecológicas y demográficas y, como es natural, la necesidad de suprimir el desfase —que amenaza a todos— entre un reducido grupo de países industrializados y decenas de otras naciones, especialmente del Tercer Mundo.

Tercero. La nueva civilización, que ya se está formando, no será monolítica ni uniforme. Al contrario, su viabilidad está en las múltiples variantes y en la variedad espiritual, nacional, social, política y cultural. Tal es el rasgo distintivo de la integridad del mundo contemporáneo que, sin duda, se acentuará de decenio en decenio. De ser así, la tolerancia ante un modo de pensar distinto y un modo de vida distinto se convierte en uno de los principales requisitos del progreso. Por esta razón es necesario reconocer incondicionalmente la libertad de opción sociopolítica de cada pueblo, imperativo universal de nuestra época.

Cuarto. Durante un periodo indefinidamente largo, por lo visto, el mundo se desarrollará en base a la coexistencia, la cooperación y la emulación civil entre Estados y sistemas socioeconómicos.

Ninguno de estos sistemas puede pretender el papel de sepulturero de los otros, si no quiere suicidarse y, a la vez, enterrar a toda la humanidad. Esta idea quiero subrayarla.

Quinto. En la actual situación, la lucha por la independencia nacional, económica y política y por los derechos sociales y políticos no ayudará a ninguno de sus participantes a alcanzar el objetivo planeado, si subestiman las duras realidades de la era nuclear y renuncian de antemano a buscar las vías políticas para resolver contradicciones y arreglar los virtuales conflictos, si buscan salidas al margen de los intereses humanos en la confrontación entre los intereses particulares y generales.

Esos son los postulados más importantes de la época. Su inteleción exige concentración, acción consciente y dinámica y reconsideración de los conceptos habituales, es decir, requiere una nueva mentalidad política.

La nueva época exige interpretar desde una óptica nueva las célebres consignas de la Revolución Francesa: "Libertad, Igualdad, Fraternidad". Al conservar su vitalidad histórica, estas consignas adquieren contenido distinto. A saber: la humanidad tendrá futuro, si se reconoce que la libertad y el bienestar de todos condicionan el bienestar y la libertad de cada pueblo y de cada hombre.

Lo que caracteriza más que nada a la situación actual es la alta calidad que se exige de la política. Esta depende, en muchos aspectos, del conocimiento científico y de la participación de los intelectuales.

La capa de especialistas, que en su tiempo pertenecían a la élite, se convierte en una amplia comunidad de representantes pleni-potenciarios del intelecto y de la cultura que, siendo muy sensibles a la polifonía del mundo contemporáneo, reaccionan vivamente a sus problemas y dificultades.

Al mismo tiempo, se exige más en la responsabilidad social, comprendida la internacional, de los intelectuales. La esterilidad espiritual y el antiintelectualismo son fenómenos horribles. Pero en nuestra época es no menos peligroso un intelecto sin base moral. Sin su conjugación orgánica con la moral, la ciencia moderna pierde el sentido humano.

Es importante y actual que el arraigo del principio moral de la ciencia se refleje en la ligazón de ésta con la política. El debilitamiento, o peor aún, la ruptura de cualquier eslabón de la tríada: política-ciencia-moral, puede acarrear graves consecuencias para la humanidad.

La política necesita principios intelectuales, valga la expresión, y por ello está obligada a apelar constantemente a la razón y al principio creativo. Ello presupone mostrar verdadero democratismo no sólo en las relaciones con el propio pueblo, sino también en la escena internacional.

La política moral respeta los derechos soberanos de todos los pueblos, grandes y pequeños. Ayuda a descubrir una conjugación óptima de los intereses individuales, colectivos, nacionales y universales. El principio moral, cuyas raíces se remontan a la cultura milenaria de las relaciones humanas, da fuerza a la política para superar los peligros globales e infunde a los seres humanos fe en un futuro mejor.

Como es natural, las nociones del bien y del mal cambian de siglo en siglo. Hoy también distan de ser iguales. Pero jamás la multifacética humanidad se encontró ante una necesidad tan apremiante de hallar su denominador común.



Reproducción de grabados que ilustran el *Alphabet Républicain*, par Chemin, Fils. Paris, Chez l'Auteur, An II de la République (1791).

D *d*anse



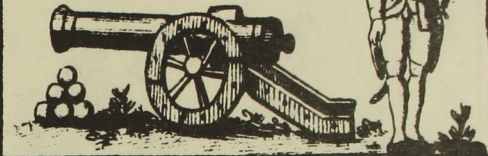
E *e*nfant



F *f*orgeon



G *g* guerrier



H *h* hospice d'humanité



I *i* imprimeur



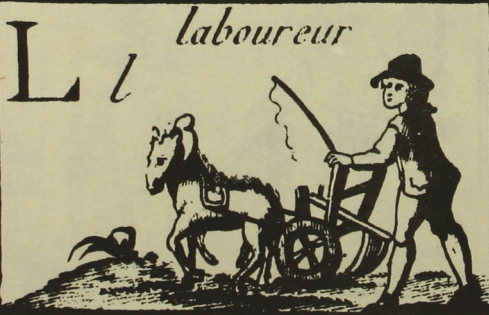
J *jean jacques Rousseau*
j



K *kalmuck* *peuple de la*
k *Tartarie*



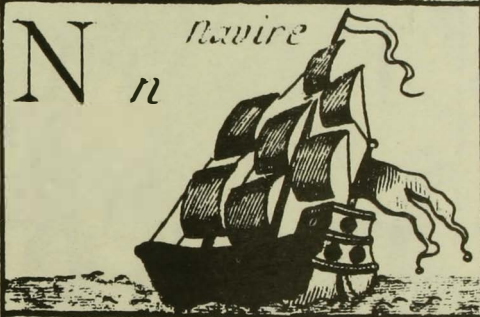
L *laboureur*
l



M *moissonneurs*
m



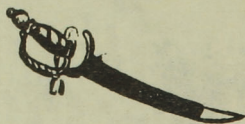
N *navire*
n



O *Oiseau*
o



S *Sabre*
s



T *tonnelier*
t



U *union*
u



Vv *vieillard*



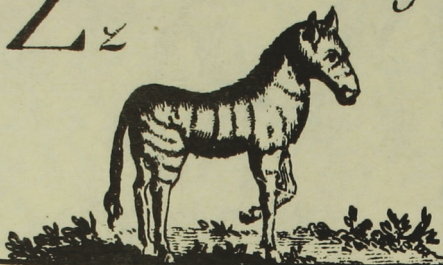
X x
xenophon
historien
philosophe



Yy *yeux*



Z zebre, Ane Sauvage



Egalite



Liberté

